

# DULCES RECUERDOS DE INFANCIA

---

**E**l pasado, es el auténtico patrimonio del ser humano. Museo íntimo donde figura la auténtica armonía, galería de imágenes fijas, que jalonaron nuestras vidas. El presente, no nos satisface y el futuro no nos pertenece.

Mi casa estaba situada en las murallas del Castillo árabe, antigua fortaleza del pueblo de Zagra, perteneciente al Reino de Granada. Desde esa atalaya se divisaba parte de la provincia de Córdoba. Por su privilegiada situación era una estupenda torre de vigía, desde donde se podía ver cualquier incursión de los cristianos. Al ser Granada el último bastión árabe, sufrían a menudo un terrible hostigamiento. En ese entorno incomparable nací yo; aproximadamente cuatrocientos cincuenta años después.

Pasé una parte muy importante de mi primera infancia. Blanco y albero, era mi casa, mezclado con todos los colores que la madre naturaleza le venía a bien regalarnos, dependiendo de la estación del año en que nos encontráramos. Los amaneceres de mayo, eran una explosión de colores y olores. Empezaban muy de mañana, los primeros rayos de sol iluminaban de verde y oro el viejo limonero que precedía el zaguán. Al cabo de pocos minutos, entraban descaradamente en el patio, donde geranios, jazmines, alelíos, azucenas y algún rosal, se desperezaban y nos inundaban de suave perfume. Al fondo, en un rincón, un tupido parral con las uvas envueltas en papel; para que las pícaras e insaciables avispa no picotearan sus frutos, nos esperaba entre paciente y expectante con la seguridad, de que más pronto

que tarde, iríamos a refugiarnos en su frondoso jardín verde cuando nos asediara el sol del mediodía. En los atardeceres, el sol se iba posando vacilante sobre la vecina Iznajar. El cielo se fundía de colores que iban del rosa, al bermellón, pasando por el malva y terminar en un reflejo tembloroso e incoloro, que daba paso al ocaso y a las primeras estrellas.

Más allá, en el huerto, un gigantesco nogal se veía en la oscuridad, cuando gigante inamovible, los pies clavados en la tierra, nos miraba fijamente. De algún lugar una lechuza con sus garras sobre una rama y sus ojos redondos, nos indicaba, que ya terminaba nuestra jornada y, que ella era, la Señora de la noche.

## **VERANO, SIEGA Y TRILLA**

El arado plateado por los rayos del sol, curtido en mil batallas, dormitaba en un largo letargo después de haber surcado la madre tierra en tiempo de sementera. Ahora era tiempo de recoger la cosecha, a él le tocaba un merecido descanso. Los segadores, al rayar el día salían con su hoz al cinto, para volver por la tarde, cuando el sol acariciaba el horizonte. Su reflejo se posaba sobre la cima de los últimos picos de las montañas, con sus mulos de reata, cansados como sus dueños, mordisqueando aquí y allá los hierbajos de la curvilínea vereda. Una vez recogidas las espigas doradas del trigo, se depositaban en la era y llegaba el tiempo de trilla. Había que separar el grano de la paja. El viejo

trillo tirado por dos o cuatro mulas suplantaba al arado, y se podía escuchar alguna cancioncilla del *trillero* que rompía la monotonía de la tarde de estío.

*“La mula golondrina “suando “va*

*Que cree que la trilla, se a acabar*

*Esta yegua, lunanca,*

*Tiene un potrillo,*

*Con una pata blanca*

*Y un lucerito”*

## **INVIERNO, RECOGIMIENTO Y LECTURA**

En tiempo invernal las familias se refugiaban al calor del fuego.

Quien más, quien menos tenía algún costal de trigo, garbanzos, lentejas, y aceite. La matanza reposaba en las orzas con algún jamón desgastado de tanto mirarlo. Los días eran cortos y las noches largas. Después de cenar, se acercaban los vecinos, el corro de las sillas se iba ampliando alrededor de la chimenea.

Eran momentos de recogimiento. Mi hermana, en plena adolescencia y con un tono de voz aterciopelado, leía; en aquellas veladas frías pero cálidas en el calor del hogar, una novela por capítulos. Recuerdo especialmente la de Genoveva de Brabante. Después del capítulo, alguna mujer lloraba, otras se

escandalizaban de cómo el malo podía ser tan cruel y la mayoría pedían un capítulo más. Sin embargo, ella, cual señorita en clase contestaba: “¿Si la leo en una noche, que os leeré mañana?”. Los hombres después de la lectura, se iban al fondo de la cocina comedor a hablar de sus cosas y a tejer utensilios de esparto. Sus murmullos llegaban entrecortados e ininteligibles.

Victoriano, con la piel cetrina, mediana estatura, ojos negros pequeños y penetrantes, poco hablador pero muy apreciado y respetado por el resto, se alejaba un poco del grupo con un pequeño transistor pegado a la oreja. Así pasaba la velada. Bastantes años después, cuando tuve edad para comprender, supe que la emisora que sintonizaba era “*La Pirenaica*”.

Este paseo por mi infancia no estaría completo sin rendirle un sentido homenaje a mi pueblo de adopción; La Canonja. Llegué, entre tímida y asustada, cuando en el pueblo todavía se respiraba el ambiente rural en cada esquina. Aquí aprendí los valores de sus gentes y sus costumbres. Pase mi segunda infancia, adolescencia y juventud, para aprender “*que la feina feta, no te preu y que la feina ben feta, no te fronteres.*”

**Añoranza**